

de la esfera de los demás hombres; y así, ninguno puede pretender imitarlos, cuando conoce por las experiencias cotidianas que sus fuerzas son limitadas, y él incapaz de acabar empresas extraordinarias. Para que las hazañas que se nos refieren nos provoquen á imitarlas, es necesario que las veamos en hombres como nosotros; y, para esto, es preciso que sean verosímiles.

El espíritu caballeresco, no contento con atribuir estos hechos á los quiméricos héroes de sus novelas, se atrevió á introducir semejantes ficciones en las historias, desfigurando de tal modo las hazañas de nuestros grandes capitanes, que los hechos que, contados sencillamente como fueron, despertarían el valor de cuantos los leyesen, referidos con tantas increíbles añadiduras solo sirven para excitar una estéril admiración, ó tal vez la risa de los que miran su inverosimilitud. Y esto es lo que nota CERVANTES en boca del canónigo de Toledo que encontró á Don Quijote cuando le llevaban á su aldea. Mosen Diego de Valera refiere que, habiéndose echado á dormir la siesta el Cid sobre unos escaños, el día de las bodas de sus hijas, se soltó un león, y entró en la sala, de lo que se asustaron grandemente los infantes de Carrion, sus yernos. Pero, despertando el Cid, los reprendió tratándolos de cobardes, y ató el león sin dificultad ninguna. Solo quien estaba infatuado con los desvaríos caballerescos podía pintar como posible atar un león como quien ata un perro; y cualquiera hubiera tenido por loco á un hombre que tratase de cobardes á los que huían de un león. Estas fábulas bastarían para desacreditar al Cid si no supiéramos otros hechos menos maravillosos, pero que prueban mas claramente su valor. Quizá tuvo presente esta historietta CERVANTES cuando pintó la temeraria aventura de los leones, con la cual, y con otras temeridades que emprendió Don Quijote, y de que salió unas veces bien por pura casualidad, y otras mal por el orden regular de las cosas, ridiculizó las fabulosas valentías de las novelas caballerescas, que admiraban los simples, y solo podían imitar los locos.

Pero, aun los mismos autores de los libros de caballerías, conocieron la inverosimilitud de estas proezas referidas como obras del valor de los hombres solamente, y por eso recurrieron á los encantamientos. Estos les servían, no solo para hallar una solución fácil en los lances mas intrincados, sino tambien para hacer creíbles las acciones que eran superiores á las fuerzas de un hombre. Nació esta quimera de la preocupacion con que, en los siglos de la ignorancia, se creía maravilloso todo lo que no se comprendía á primera vista. Por esto (como ya se ha notado), luego que vieron que, en los duelos particulares, algunos campeones tenían armas de mucha mas fuerza que las de los demás concurrentes (efecto preciso de su mejor temple), como no conocían el mecanismo de esta causa, se dieron á creer que aquellas armas tenían una oculta virtud, que llamaron *encantamiento*. Las mismas leyes autorizaron esta preocupacion mandando que los jueces hiciesen registrar á los combatientes, para quitarles las yerbas encantadoras, caso que las

llevasen, y para precisarlos á jurar que no tenían mas. De este modo se abrió la puerta á los encantamientos, prestigios y hechos de armas portentosos é increíbles; y estas semillas, fecundadas en la fértil imaginación de los escritores de novelas, produjeron tantas y tan ridículas extravagancias, que no es posible referirlas todas. De aquí salieron los palacios y jardines encantados; de aquí las trasformaciones repentinas; de aquí el quedar en un momento despojado de sus fuerzas un caballero el mas valiente y esforzado; y de aquí, finalmente, aquellos encantadores, amigos ó enemigos, que ayudaban ó impedían las proezas de los caballeros.

Por solo estar mezcladas con semejantes encantamientos las hazañas que referían las historias caballerescas, es preciso que fuesen del todo inútiles para excitar el valor. Pues ¿qué valor hay en exponerse á las flechas del contrario, cuando está uno cierto de que es imposible que penetren la coraza encantada con que está guarnecido el que las espera? Y ¿cómo ha de temer el sonrojo de salir mal de una empresa el que tiene la excusa de que un encantador contrario estorbó su feliz éxito?

Estas reflexiones, que cualquiera podía hacer leyendo los libros de caballerías, hubieran bastado para hacer despreciables todas aquellas proezas y hazañas; pero el vulgo, enemigo siempre de reflexionar, los leía con el aplauso que lee en nuestros tiempos los romances de guapos y bandoleros, llenos tambien de acaecimientos falsos é imposibles; y aun la gente mas culta se contentaba con el gusto que causa lo maravilloso, sin querer tomar el trabajo de examinar lo cierto ó verosímil. CERVANTES, para que las gentes conociesen lo ridículo de estas invenciones sin el trabajo de reflexionar sobre ellas, y se convenciesen de que el verdadero valor no se funda en imaginaciones fantásticas, sino que nace de un ánimo noble, acostumbrado desde la infancia á mirar la honra con mas aprecio que la vida, y persuadido de que esta se debe ofrecer gustosamente en sacrificio por la religion, por la patria y por el soberano, representó en el cuadro de su fábula la fantasma del encantamiento, con todos los aspectos que habia tenido en los libros de caballerías, pero descubriendo su inverosimilitud en todos ellos.

Burlóse de los palacios encantados en la aventura de la cueva de Montesinos, en que Don Quijote creyó haber visto á Durandarte, á Belerma, al mismo Montesinos, y á otros personajes, entre los cuales no olvidó á la señora de su alma.

De las trasformaciones por encantamiento son repetidas y graciosas las burlas que se encuentran en el QUIJOTE. La de los gigantes en molinos de viento, la de los ejércitos en rebaños de carneros, la de Dulcinea en labradora, la del caballero de los Espejos en el bachiller Sansón Carrasco, y su escudero en Tomé Cecial, y la del que engañó á la hija de Doña Rodríguez en el lacayo Tosilos, son todas excelentes; pero sobre todas la del jaez en albarda, cuando en la venta disputaba Don Quijote que la bacía era el yelmo de Mambrino.

Uno de los efectos maravillosos de los encantamientos era quitar repentinamente

las fuerzas á un caballero para estorbarle alguna hazaña: de donde tal vez tuvieron principio ciertos hechizos y aligaciones, á que aun en nuestros tiempos suele dar crédito el vulgo. La burla que de esto hace CERVANTES es muy oportuna. Don Quijote, viendo por las bardas del corral que manteaban á su escudero, quiso socorrerle; pero, molido de los golpes del moro encantado, y debilitado con la operacion del saludable bálsamo, ni pudo saltar las bardas, ni siquiera apearse, y al punto creyó que le habian encantado. Mas, para acabar de descubrir lo ridiculo de tales sucesos, es menester ver el discurso que despues de esta aventura hace Don Quijote á su escudero, proponiendo buscar una espada que estorbe el efecto de los encantamientos, como la de Amadis.

Con todo, ninguna de estas cosas disminuía tanto el mérito de las acciones de valor de los caballeros andantes como el suponer que cada uno tenia un sábio encantador que le ayudaba, y otro que se le oponía, semejantes en algun modo á los dos principios de los maniqueos. Tales eran el sábio Freston, que, por favorecer á otro caballero su ahijado, perseguía á Don Quijote; el que llevaba á este (segun él creía) en el barco encantado, y el que le pareció que estorbaba esta aventura, con otros diferentes de que se hace irónica mencion en el discurso de la fábula. Claro está que, ayudados de estos encantadores, podrian acabar los caballeros extraordinarias empresas; pero claro es tambien que, con este auxilio, sus acciones heroicas mas eran obras de encantamiento que pruebas de valor.

Y si para este no eran conducentes los libros de caballerías, mucho menos lo eran para mantener el recato y honestidad propia de las doncellas y matronas principales, pues los tales libros se puede con verdad asegurar que son escuela de liviandad y desenvoltura, por lo cual CERVANTES reprendió discretamente en su QUIJOTE los desórdenes de esta especie, que enseñaban y autorizaban semejantes novelas.

En los tiempos en que estaba recibida la apelacion por duelo, las damas combatian por medio de sus campeones, á los cuales cortaban la mano en caso de vencimiento, y en algunas partes no condenaban á las mujeres á la prueba de agua ó hierro sino cuando no habia quién se presentase á defenderlas. Así, la necesidad del combate judicial para las acciones y demandas, la poca confianza en los campeones mercenarios, y la flaqueza personal de las damas, fueron causa de que estas obsequiasen y estimasen en mucho á los caballeros arrestados y valerosos que podian ampararlas; y esta idea de proteccion tan lisonjera y tan conforme al gusto dominante los inclinó á emprender voluntariamente la defensa de las mujeres nobles y hermosas. De semejantes ideas, recibidas generalmente en aquel tiempo, provino el amor caballeresco, esto es, la ciega pasion de las damas por los caballeros valientes, y la veneracion idólatra de los caballeros á las damas.

Por estos pasos logró introducirse en Europa el espíritu de la caballería y del

galanteo, y todos adoptaron con gusto sus principios, pero singularmente los nobles, que al fin, así como no reconocian otra ley que su espada, tampoco tenian otro ídolo que su dama.

Estos fueron los héroes que se propusieron los escritores en sus obras, las cuales dieron un prodigioso crédito al sistema de la caballería, porque sus copias excedian en mucho la extravagancia de los originales. "Las novelas de caballería" (dice un autor moderno) lisonjearon el deseo de agradar á las damas, y dieron á una parte de la Europa el espíritu de galantería poco conocido de los antiguos. La idea de los paladines protectores de la virtud, de la debilidad y de la hermosura de las mujeres condujo á la galantería, la cual se perpetuó con el uso de los torneos, que, uniendo en sí los derechos del valor y del amor, le dieron mucha consideracion y aumento."

Imbuidos, pues, los caballeros en las máximas que leían en estos libros, y que con su lectura estaban generalmente recibidas, miraban como obligacion precisa de todo noble tener una dama á quién consagrar sus acciones: obligacion la mas opuesta, no digo á la moral cristiana, sino á la misma fe que profesamos.

La vanidad y el deseo de ser celebradas y servidas son las pasiones que mas dominan á las mujeres, y por consiguiente las mas capaces de hacerlas atropellar los términos del decoro y la modestia, virtudes características de su sexo: por esto, para estorbar los peligros de unos galanteos tan públicos y autorizados por la costumbre, se vieron obligados los padres y deudos á guardar á sus hijas y parientas con medios mas rigurosos que los que hasta allí habian bastado, recurriendo á la estrecha clausura de sus casas, y á la perpétua custodia de las dueñas; pero este remedio, en vez de estorbar el daño, sirvió solamente para mudar su aspecto. Leían estas encerradas doncellas, para divertir su soledad, aquellos perjudicialísimos libros de caballerías: encontraban en ellos mil historietas amatorias, en las cuales los caballeros enamorados se pintaban como héroes, y la facilidad y desenvoltura con que los escuchaban las doncellas se trataba de justa correspondencia; y estas especies formaban en la imaginacion viva de las jóvenes unas ideas muy contrarias á la razon. Miraban su encierro como una esclavitud, á sus padres como unos tiranos, y su vida retirada como la mayor miseria. Fortificaban tal vez estas ideas las mismas dueñas á cuya custodia estaban encargadas, las cuales, ó por ignorancia ó por malicia, les contaban cuentos de la misma moral que las novelas. De tan perjudiciales principios se seguian ordinariamente lastimosas consecuencias; pues, deseosas de ser estimadas, veneradas y aplaudidas, como aquellas que en los libros y cuentos eran celebradas, correspondian fácilmente y sin consideracion á las señas y mensajes que les enviaban los caballeros (perseguidores, bajo el título de *defensores*, de la honestidad), ganando con el soborno á los mismos domésticos y familiares. Seguíanse despues las conversaciones nocturnas en los terreros, proporcionando estos mismos desórdenes las dueñas, á quienes, engañados los padres, fiaban el